



CAPÍTULO V

La tertulia de Anarda. Conozco á Miramón y á Osollos

LAS tertulias de Anarda empezaban á buena hora. A las nueve de la noche ya estaban llenos los salones, de manera de no poderse dar paso en ellos, y en aquella, de principios ó mediados de Agosto, que de esto no estoy bien seguro, la concurrencia era mayor y más selecta. Se trataba de celebrar la presencia en México y en aquella casa del fénix de los ingenios españoles, del diplomático insigne por lo honrado y lo justo, del amigo de Espronceda, de Miguel de los Santos Alvarez, en fin.

Las damas llegaban con *chaquetas basquiñés*, luciendo el enorme miriñaque, y sobre él los *organdís* y los *chinés*. Los hombres estaban primorosos: llevaban pantalones ajustadísimos con trabillas y ramitos en las costuras y

en las antebolsas. Los chalecos eran chiquitines, apretados de botones, y las casacas y fracs de grandes faldones y botones amarillos, eran la novedad que Pestail acababa de introducir.

No se oía sino preguntar: ¿cuál es Miguel de los Santos?

— El bajito, guapín, gestoso y movedizo.

— Ah, sí, el gordo de ojos chiquitines, de anteojos, con camisa de encarrujados y mancuernas de topacios.

— No, ese es Guillermo Prieto.

— Entonces el de la derecha, de patillas, pálido, calvo y solemne.

— Ese es Payno.

— ¡Ah, sí! uno que hace leyendas terroríficas que acontecen en Stokolmo ó en Spitzberg, ó cuando menos en las orillas del Rhin.

— Claro; leyendas de castillos, de piratas, de cruzados y demás primores.

— Ya distinguí á Miguel de los Santos; es aquel á quien da la mano Lafragua presentándolo á don Ezequiel Montes.

— «Bueno... es el mundo bueno, bueno, bueno».

Pronto se formó un inmenso corro cerca de Miguelito, como ya le llamaban los literatos. Prieto, Escalante, Lacunza, el P. Guevara, el *Nigromante*, Pesado, Roa Bárcena, Alejandro Arango y Escandón, todo lo que pensaba entonces en México, celebraba los chistes del autor de *María*.



A media noche leyó Prieto unos versos; le siguió Zarco con una maravillosa improvisación; dijo unas palabras Lafragua y leyeron más versos... ¿Quiénes? Todo el mundo, todos los que sabían leer, porque en aquellos benditos tiempos no había regocijo, duelo, acto civil ó religioso que no se acompañara con versos, cojos ellos y maltrechos, pero versos al fin.

Se alabaron de Álvarez el desprendimiento, la claridad de intelecto, el desinterés con que prefería á su carrera, á su medro personal, á los ascensos que quizá obtendría, el derecho y la justicia, y el interés de que su patria no se metiera en negocios turbios y archidudosos.

El señor Comonfort concurrió á la fiesta, vestido con levita burguesa y acompañado de su inseparable compadre el General Zuloaga, de don Gregorio de Ajuria y de unos cuantos oficiales de su Estado mayor.

A la una de la madrugada se despidió de la dueña de la casa, de Álvarez y de las personas que salieron á acompañarlo.

El obsequiado duró en la fiesta hasta las cinco de la mañana, y á esa hora fué á tomar su chocolate con mojieón al Hotel del Bazar. Era el eterno, el incorregible trasnochador madrileño, á pesar de su categoría y de sus palmas diplomáticas.

Al dar la mano á Anarda, me dijo en voz baja:

— Juan, le necesito mañana á las nueve.

— Estaré puntual, señora.

Y salí en compañía del Presidente, mientras la orquesta interrumpía un vals para tocar el Himno nacional.

— Le llamé, me dijo cuando hube llegado, porque deseo que hablemos largamente. Alguien ha ido á mi marido con el soplo de que favorezco á usted más de la cuenta, y he determinado presentarle con él para jugar el todo por el todo... Usted no conoce á mi señor esposo, y tampoco había para qué le conociera; pero como ha venido ya á mi casa ostensiblemente, no tendría perdón que no le pusiera en contacto con él; quizá entonces llegarán á decir con visos de razón cosas que ahora cuentan sin justicia. Ahora, come usted con nosotros; después, ya veremos. Tengo convidados y no le desagradarán.

Llegué vestido de paisano, á la una en punto. Al mismo tiempo que yo, subían dos jóvenes como de mi edad, ambos charladores y alegres.

La concurrencia se componía de dos mujeres viejas y feas. La única que representaba el ingenio, la gracia y la juventud (la juventud, sí, no me desdigo) era mi eterna amiga.

Había además seis hombres, inclusive este fiel narrador.

La dueña de la casa hizo las presentaciones:

— Mi esposo... El señor capitán Pérez de la Llana.

— El señor coronel Miramón.

— El señor coronel Osollos.

— Mi hijo Andrés.

— Mi hijo Pedro.

Nos dimos las manos los otros caballeros y yo, pues los demás ya se conocían.

— ¿De manera que usted es el capitán de la Llana...? dijo Ruiz de Esparza. Me habían pintado á usted como un chiquilicuatro, como un peruétano sin importancia, y veo que es un caballero. Ésta (por su mujer) tiene amigos por donde quiera, porque es así, y yo no llego á enterarme sino por casualidad... Las veces que la oí hablar de Comonfort... Y el nombre me sonaba porque había yo conocido á un diputado ó senador poblano de ese nombre, allá por el cuarenta y tantos, en las tertulias de moderados de Otero; pero hasta la fisonomía tenía olvidada, cuando cátrate que el hombre nos sale Presidente de la República... Y como bueno, lo es: persona fina, de modales, complaciente. En fin, que vale... ¿No lo crees así, Luis? ¿Verdad, Miguel?

El interpelado primeramente tomó la palabra. Era mozo gallardo, como de veintisiete años, rubio, de buena estatura, apuesto y simpático.

— No estaría bien, don Juan, que delante de este caballero y en un terreno neutral, como es el de la casa en que nos encontramos, dijera lo que siento de un hombre que, si en lo privado me es simpático, como jefe de un

partido que juzgo dañoso para mi país, tiene que serme profundamente repulsivo.

— No, Luis, saltó el otro jovencuelo, que era bajito, desmedrado, de grandes ojos negros, mirada imperiosa, poca carne y muchos nervios, no; hay que decirlo siempre, suceda lo que suceda. Comonfort nos parece mal y no simpatizaremos nunca con quien, por debilidad de carácter ó por convicción arraigada, tolera á los gárrulos mentirosos, á los oradorzuelos blasfemos y á los licenciadetes ignorantes que declaman contra lo que nosotros más amamos: nuestra religión y el ejército á que pertenecemos.

— Este Miguel, me dijo Ruiz arrebatándome la palabra, ¿ya lo ve usted que parece que nada vale?; pues va para General y quién sabe si para algo más. Cuando chiquillo — ¿te acuerdas, hija? — parecía que iba á caerse difunto á la hora menos pensada. Su padre quería hacerle clérigo, pues creyó no podría soportar las fatigas de la milicia por enclenque y enfermizo; pero como si el diablo lo hiciera, el muchacho, en vez de latín y humanidades, se daba á las *saladas* y á las travesuras en San Gregorio. Entró al Colegio militar y allí le cogió la venida de los americanos. De catorce años apenas, se batió como un león, y al caer herido estuvo á punto de rematarlo un negro, cuando lo salvó un capitán irlandés. Ya ha dado mucho que hacer al Gobierno, y mucho más le dará. O le

fusilan, ó será persona de quien oiremos hablar largo...

— ¿Y qué dice Concha, Miguel?

— Lo de siempre; que le hable cuando vuelva hecho un General.

— A Osollos usted le conoce: es el autor de la rebelión de Zacapoxtla y de la defensa de Puebla. En Ocotlán se acercó tanto á las tropas enemigas, que lo envolvieron con todo y su batallón. Prófugo en Estados Unidos, el Presidente le mandó mil duros, que Luis rehusó por no tomar nada de manos de un enemigo. Ahora está aquí de ocultis; Juan José Baz, buenas ganas tiene de cogerle; pero amén de que Osollos no le da oportunidad, Comonfort no consiente que se le toque, creyendo atraérselo por medios conciliadores. Se supo aquí muy bien cuándo Luis desembarcó en Tamaulipas disfrazado de inglés, para lo cual le ayudaron maravillosamente su figura y conocimiento del idioma, pero no se le quiso aprehender. Don Ignacio me lo ha dicho: no desespero de atraerme á Osollos.

— Pues puede desesperar, amigo don Juan; de esto respondo, dijo Miramón apresuradamente.

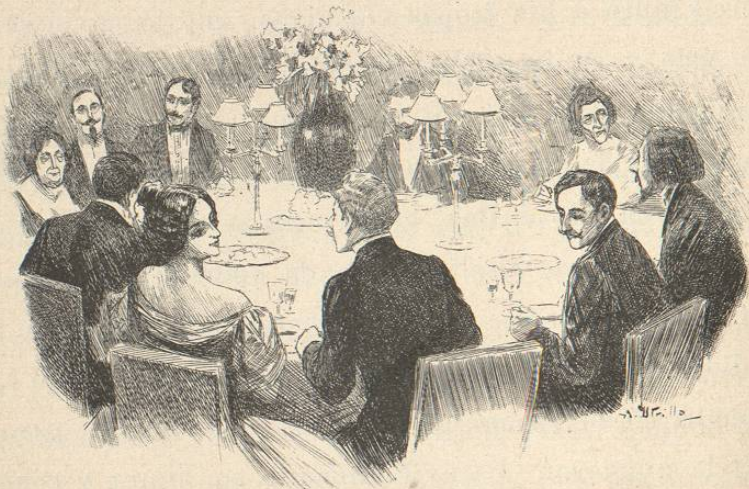
— Y también te tiene á ti en sal; verás, verás cómo no pasa mucho sin que te conquiste.

— Yo respondo de él, repuso Luis. Puede Comonfort dejar sus promesas y sus gracias para otros, no guardarlas para Miguel.

En esto avisaron que la comida estaba en la mesa, y pasamos al comedor.

— ¿Y qué se sabe de la última conspiración? preguntó una doña Siglos.

— Ah, señora, respondió el hijo mayor de Anarda; de



conspiraciones estamos hasta más arriba de la coronilla. Y al fin, en fuerza de ellas, ha de venir abajo este régimen absurdo.

— Yo opino lo contrario, dije con vehemencia, y la prueba de que nada podrán los conspiradores contra Comonfort, es que no hay combinación que el Presidente no deshaga, ni plan que no trastorne, ni misterio que no conozca, ni reunión á que no penetre por sí ó por medio de los suyos.

— Soy de la opinión del señor, exclamó Andrés. Si no hubiera otra prueba de la omnipotencia de la revolución, esta bastaría. Las ideas nuevas, quiéranlo ó no sus enemigos, por todas partes se cuelan, por todas partes se introducen. Son como el aire, son como la luz; creemos expulsarlas, deshacernos de ellos, desterrarlas, y cuando más confiados estamos de haber conseguido nuestro objeto, la luz se introduce cautelosa por las rendijas de la habitación en que nos habíamos encerrado; el aire se nos mete en el pecho y nos da la vida.

— No, gritó el otro hermano con cólera; tendencias que van á trastornar el pasado respetabilísimo, la obra de nuestros padres, el trabajo de nuestros antecesores, son tendencias infames y dignas de que se acabe con ellas.

— Y tendencias que quieren destruir el instinto de progreso, el afán de mejoramiento innato en la especie, son tendencias estúpidas, y yo las maldigo.

— Eres un mal mexicano.

— Y tú un mal hombre.

— ¡Paz, hijos, paz! exclamó don Juan. ¡Si los dos están en lo justo; si hay que darle un poco á cada cual! ¿La tradición? Pues tiene razón la tradición. ¿El progreso? Pues el progreso habla como un evangelio. ¿Las ideas nuevas? Tienen mucho de bueno. ¿Las antiguas ideas? También son excelentes. Yo se lo decía al doctor Mora casi siempre; se lo repetía á Lucas Alamán; se lo predico á Luis Cuevas.

¿Se acuerdan ustedes de aquellos capítulos de José María Luis, acerca de las riquezas del clero? Yo se los indiqué. ¿Recuerdan el final del tomo último del libro de Lucas? Yo se lo sugerí... Cuando Santa Anna me nombró consejero, se lo advertí: «Señor, aquí lo que hace falta es libertades.» No me oyó, y vean ustedes el resultado... Cuando Farías hizo aquella serie de atrocidades, también se lo indiqué: «Valentín, estate quieto, tente firme; mira que no por mucho madrugar, amanece más temprano; mira que quien mucho abarca, poco aprieta.» Con esa *egolatría* que lo llena no quiso hacerme caso, y su obra se fué á pique. ¡Pobre Farías!... Y en cuanto á ustedes, muchachos, cálmense. No es propio, no es decente que en la misma casa haya dos hermanos, el uno puro hasta allá, y el otro reaccionario, como dicen ahora con esa palabreja que ha inventado Lafragua.

Anarda fué el iris de paz. Hablándonos de cosas gratas, de cosas bellas, de cosas buenas, de arte, de letras, de música, nos sacó de aquel atolladero en que estábamos metidos.



CAPÍTULO VI

Nostalgias de Comonfort. La piedra y el cristal



E pondrían en gran aprieto si me obligaran á decir si Comonfort era feo ó hermoso. Por hermoso le tuve, y de seguro que no era á causa de que la combinación de las líneas de su cuerpo se pareciera en nada á la de Apolo de Belvedere, esa estatua que parece destinada á probar que el sexo feo no siempre es feo.

Era don Ignacio, alto, grueso, de frente despejada y ancha; el rostro lo tenía algo picado de viruelas y con una pronunciada inclinación hacia el hombro derecho; llevaba toda la barba, y el cabello lo tenía dócil y naturalmente quebrado. Su expresión, á primera vista, era de audacia, de fuerza, de brío y de poder; cuando se le examinaba más despacio, descubríansele rasgos de blandura, de bon-